

¿GOBIERNO PARA EL MUNDO?

Por doquier se perciben síntomas de malestar, unas veces de raíz social, otras de matiz económico, en ocasiones de procedencia política. Se ensayan sistemas que entusiasman a unos, indignan a otros, amedrentan a unos terceros. Las trabas morales no se sienten apenas. De esta suerte, la Humanidad, carente de confianza, falta de seguridad, se entrega perpleja a un futuro bien incierto. Mas en el fondo de su alma colectiva, el género humano, a pesar de su inconsciente indiferencia, vive acobardado con la vista puesta en el mañana pletórico de trágicos interrogantes. No se olvidan los desastrosos efectos de la técnica en la pasada guerra mundial, sembrando la muerte y la ruina.

Con todo, hay razones para temer un arriscado porvenir. Por ello no podemos ni debemos olvidar las muchas lecciones que nos ha dado la pasada conflagración. La eficacia destructora de la moderna técnica es una de ellas. Y no estará de más traer al recuerdo el testimonio de un seguro observador. Aludo aquí a Goebbels. Este gobernante germano escribía en 29 de julio de 1943, con referencia al bombardeo de la ciudad de Hamburgo: «Una ciudad de un millón de habitantes ha sido destruída en una manera sin paralelo en la Historia. *Estamos enfrentados con problemas que son casi imposibles de solución.*» La tragedia del pueblo coreano nos ofrece ya un pálido anticipo que sirve para prefigurar la visión tremenda de una Humanidad desquiciada, con todas las fuerzas del progreso material puestas al servicio del arte de la destrucción. Pues ¿qué pensar ante los espantosos ensayos técnicos llevados a cabo por las modernas superpotencias? Por de pronto, es evidente, siguiendo a Hanson W. Baldwin, que una bomba atómica de las llamadas *20-Kilo*, equivalente en efectos explosivos a 20.000 toneladas de *TNT*, puede ser letal para todas las personas expuestas sobre un área de una milla cuadrada y capaz de superar este radio en lo referente a la destrucción de edificaciones. Y a esto debemos añadir las palabras de Stewart Alsop: «La cruel verdad es que la bomba atómica solamente es un arma realmente revolucionaria cuando es usada sobre las grandes concentraciones urbanas.»

De aquí se siguen consecuencias importantes que atraen con mayor rigor nuestra atención. Como ha indicado el *Bulletin of the Atomic Scientists*, desde que la guerra atómica se ha evidenciado como una probabilidad, lo único susceptible de evitar completamente esta terrible amenaza es la instauración de un *Gobierno Mundial* (*). En defecto de éste, se impone el control de la energía atómica, y en ausencia del mismo, se revela como la más importante solución, y aun la única, la dispersión de las grandes aglomeraciones industriales. Llegados aquí, encontramos que la descentralización de las poblaciones se muestra inaplicable. Y así, aunque el control internacional parece ser imposible, es la sola esperanza contra la guerra atómica. Estas últimas opiniones proceden de Chester Barnard. Sin embargo, recuerde el lector las declaraciones hechas por Millard Caldwell, Administrador de la Defensa Civil Federal de los Estados Unidos, en junio de 1951, ante la Convención de la Cruz Roja Americana, sobre el programa ruso de dispersión y de defensa civil, calificado por él de *massive effort y full-scale operation for a long time*.

* * *

De cuando en cuando se suele discutir sobre los orígenes del actual estado del conjunto internacional. Para Lord Lothian, la causa real de nuestras perturbaciones es que las naciones viven todas en la anarquía. Las reflexiones de H. G. Wells se resumen en estas palabras: «Paz e independencia nacional son incompatibles, y nuestro mundo se está negando a verlo.» Einstein, por su parte, cree que si el universo «continúa enlazado, en el concepto y en la práctica, a la soberanía ilimitada de las naciones y a la política de potencia, tarde o temprano desembocaremos en la guerra, una guerra de destrucción como nunca se ha conocido en la Historia.» L. Hogben, profesor de *Medical Statistics*, hace ver que

(*) El carácter elemental del presente esbozo, nos impide avalarlo con las adecuadas «notas», como sería nuestro deseo. Ello excedería los límites normales de esta clase de ensayos. Vaya por delante la advertencia de que sobre el tema del Gobierno Mundial existe abundante bibliografía, favorable y adversa. En un ulterior estudio, necesariamente más completo, podremos suministrar mayor información, a la par que hacer referencia a sus precedentes en épocas anteriores. No obstante, y de modo general, recomendamos la lectura de los siguientes trabajos:

THOMAS I. COOK: *Theoretical Foundations of World Government*, «The Review of Politics», enero 1950, págs. 20-55. PERCY E. CORBETT: *World Government - in whose Time?*, «International Affairs», octubre 1949, págs. 426-433. CHAMBER OF COMMERCE OF THE UNITED STATES: *The United Nations and World Government*, enero 1950. NORMAN J. HART, editor: *Basis of Federalism. A Symposium*, «World Student Federalist», 1949. JEAN LARMEROUX: *Les Etats Unis du Monde*, París, 1946. CORD MEYER, JR.: *A Plea for World Government*, «The Annals of the American Academy of Political and Social Science», julio, 1949, págs. 6-13. REINHOLD NIEBUHR: *The Illusion of World Government*, «Foreign Affairs», abril, 1949, págs. 379 y ss. S. GROVER RICH: *The Movement for World Government*, University of Utah, abril, 1951. ALAN DE RUSSET: *Which Road to Peace?*, «U. N. A., Peacefinder Series», núm. 10, U-15-1-51. ROBERT SARRAZAC: *A propos de l'assemblée des peuples*, «Esprit», febrero, 1949, págs. 235-241.

Aparte de los numerosos artículos insertos en las publicaciones del federalismo mundial: *Notizie Federaliste Mondiali*, *Federal Union*, *Common Cause*, *World Government News*, *Die Welt von Morgen*, *Federalismo nel Mondo*, *Humanity*, etc.

los pactos y las alianzas son verdaderamente el producto del pensamiento preatómico. Y nos advierte con esta reflexión: «En la era atómica, el precio de la supervivencia es rendir la soberanía nacional.» Y el físico Urey indica que el radio de acción de las armas de destrucción y la amplitud geográfica de los conflictos impiden a los pequeños Estados mantenerse verdaderamente independientes. Parejamente, el profesor Noack, animador del *Círculo de Nauheim*, considera que en la hora actual solamente las potencias que poseen el derecho de veto gozan de una soberanía efectiva.

* * *

En un intento de anular las secuelas del desmedido nacionalismo, se ha echado mano de la solución federalista. A esta labor se han dedicado C. Streit y Scelle. Otros consideran suficiente la expansión del sistema de acuerdos regionales. En esta dirección ha trabajado el colombiano Yepes. Mas esta alternativa ha generado aprensión en no pocos espíritus, ante una eventual política de potencia. Empero, razones de espacio nos eximen de insistir sobre este punto. Únicamente aludiremos al Memorandum de la Sociedad de las Naciones; y a los juicios de C. K. Streit en *Union Now* y de F. B. Schick en *Western Political Quarterly*. También el delegado egipcio en la UNCIO se hacía eco de esta situación. Y el Secretario General de la ONU ha expresado sus temores del modo siguiente: «Aunque los acuerdos regionales de seguridad puedan a veces establecer el equilibrio de poderes en el mundo, la seguridad colectiva sólo podrá obtenerse por la aplicación de medios que permitan a las grandes potencias vivir en paz con otras bajo la égida de la Carta, aun cuando sea largo el tiempo que se tarde en lograrlo.»

* * *

Mas, por encima de todo, se habla sin rebozo de la *interdependencia de los pueblos*, unas veces en nombre de la democracia, otras para conseguir adeptos en la campaña de coexistencia entre el Este y el Oeste. Pero, ciertamente, los técnicos y los economistas han establecido una rudimentaria comunidad mundial, por encima de su desintegración moral, social o política. De un modo o de otro, en materia comercial, hablando económicamente, y desde el punto de vista militar, por sus repercusiones, *el mundo es uno*, se dice. Cítanse, paralelamente, los grandes avances conseguidos en el campo de la Administración internacional. La Humanidad vive hoy en lo que es de hecho una comunidad mundial, escriben M. S. McDougal y G. C. Leighton. Y resulta bien claro advertir la veracidad de las afirmaciones del *Sunday Observer*: «La producción científica moderna deletrea el fin de la soberanía na-

cional. Si la civilización está por ser salvada, debe desenvolver un Gobierno Mundial.»

* * *

Ante todo, tomemos precauciones. No se trata de forjar un Estado total absorbiendo completamente a todas las naciones, sino de conseguir una federación, en el mejor de los casos, o, en el más parcial de los éxitos, un entramado más efectivo que la actual Organización de las Naciones Unidas. Diremos, con Lord Beveridge: «Gobierno Mundial no significa abolir los Gobiernos nacionales o las diferencias de instituciones o de modos de vida nacionales.» Y, antes de pasar adelante, hagamos la salvedad siguiente: en el curso del presente esbozo hablaremos indistintamente de Gobierno Mundial, Asamblea de los Pueblos, Federación Universal, República Mundial, Estados Unidos del Mundo, etc., sin entrar en detalles o matices. Además, no se ampliará nuestra indagación hasta el punto de insistir sobre el aspecto de pintoresquismo que acompaña a alguna de las manifestaciones de estas tendencias hacia el llamado Gobierno Mundial: actitudes de Garry Davis, gestos de *mundialización* de ciudades y municipios, etc.

Recordemos que la Comisión americana para estudiar la Organización de la Paz nos expone en su Informe Preliminar que «las alternativas son, o un imperio mundial, logrado por la conquista, o alguna forma de asociación, como una federación mundial, lograda por el consentimiento». Estimación que coincide con las apreciaciones de Alan de Russett indicadas a continuación: 1.ª El Gobierno Mundial sólo puede conseguirse por una poderosa y rica nación, o por un grupo de naciones provisto de tales caracteres; bien luchando deliberadamente por la paz, por una victoria bélica o por medio de una superioridad militar indiscutible. 2.ª Únicamente hay dos candidatos con aptitud para este esfuerzo: Estados Unidos y la Unión Soviética. Burnham se ha hecho el teórico de la faceta áspera: *El Imperio Mundial es el único instrumento por medio del cual puede lograrse un genuino Gobierno Mundial*.

A Huizinga le parecía que la configuración mundial futura estaría basada en una unión federal englobando un gran número de pequeñas unidades, bajo el poder supremo, minuciosamente delimitado, de un consorcio de las grandes potencias, de estructura federal a su vez. Thomas Mann habla de oportunidad y actualidad en tales proyectos de federalismo mundial. No olvidemos que, como señala G. Sperduti en *La Comunità Internazionale*, «se si rimane ancora essenzialmente sul piano dell'ideologia, questa è ormai una forza attiva, è ideologia e aspirazione non più di singoli ma di popoli». Incluso ha trascendido su discusión a instituciones de reconocida solvencia científica, como la *Chatham House*.

Thomas I. Cook encuentra que el Gobierno Mundial es moralmente

deseable, teóricamente posible y políticamente factible; si bien no es una panacea para todos los males, ofrece a la Humanidad medios para sobrevivir. Para el objeto de este estudio, bastarán algunas proposiciones generales sobre la conveniencia de una Asamblea de los Pueblos:

1.ª Al presente hay un sentido de comunidad latente, pero dinámico, que es preciso *desenvolver, organizar y utilizar*. 2.ª El Gobierno Mundial es la única ocasión que ofrece rectas oportunidades de entendimiento con Rusia. 3.ª Solamente bajo un Gobierno Mundial pueden ser conciliadas la libertad y la autoridad. 4.ª Las desigualdades de pueblos y culturas no son barreras para el federalismo mundial, sino argumentos en su favor. 5.ª El problema de la representación no es insuperable. 6.ª El Gobierno Mundial debe extender su competencia al máximo de funciones, logrando así su efectividad.

Enumraremos, a modo de resumen, los principales métodos propugnados para llegar a la instauración de una forma de Gobierno Mundial. Primeramente, atrae nuestra atención el intento de transformar las Naciones Unidas en un Gobierno Federal Universal por enmienda de la Carta e incremento de sus poderes y de sus recursos. Cord Meyer es el más representativo de esta tendencia. Harold E. Stassen, hablando de la política exterior vanauí, preconizaba, el pasado año, el fortalecimiento de las Naciones Unidas y la nueva redacción de la Carta. Clement Davies, *líder* político inglés, se ha declarado partidario del Gobierno Mundial, opuesto al veto de la ONU, favorable a la renuncia de una parte de la soberanía en beneficio de una estructura superior y adicto a un ejército internacional para mantener la ley. El senador estadounidense Paul H. Douglas aporta su apoyo a los proyectos de eliminación del veto en la Carta. El Programa Reuther propugna un sistema de asistencia técnica mundial —Rusia comprendida—, un total desarme con inspección universal, adecuados controles de seguridad y creación de una fuerza de policía universal. Duncan Sadye se decide en favor de una efectiva Autoridad internacional. El Plan Culbertson, también llamado el Plan A B C o el *Quota Force*, considera que los problemas mundiales pueden resolverse por la ONU, si se elimina el veto, se adopta el Plan Baruch de control internacional, de la energía atómica y se crea una *World Peace Force*. Algunos, como Lionel Curtis, sostienen que solamente han de ser transferidos al Gobierno Mundial los asuntos de la defensa y de la política exterior, procediendo paso a paso en el resto de las materias. Aunque en contra de un Gobierno Mundial *limitado*, se arguye que tal proceder frustraría el intento de organización universal, quedando desacreditado desde el principio, al olvidar puntos de tanto interés como las materias primas, las aduanas, la economía, finanzas y emigración: fuente de numerosos conflictos al quedar sin solución de antemano. Empero, Harvay Moore, en la 43.ª Conferencia de la *International Law Association*, defendía la idea de una Judicatura internacional, mejor de reali-

zar que un Poder ejecutivo mundial o un legislativo universal. Tesis aceptada por otros participantes de este Congreso científico, pero con la adición de una fuerza armada internacional: véase, por ejemplo, a Kracmer-Raine. A este propósito, nos viene al recuerdo la actividad de la ONU en torno a la preparación de proposiciones con vistas a la creación de un Tribunal Criminal Internacional (*Vid.* el documento A/AC. 48/4, 5 septiembre 1951).

Por todo lo que antecede, insinúanse otros derroteros, en ocasiones provistos de no poca vinculación con los anteriormente indicados. Una orientación está representada por Lord Boyd Orr. Según este personaje británico, las naciones podrían cooperar en la creación de un mundo de bienestar, con la transformación de las Agencias especializadas de la ONU en departamentos dotados de sustantividad propia. Las funciones encomendadas hasta ahora al Consejo Económico y Social, a la O. M. S., a la F. A. O., etc., podrían pasar a Ministerios distintos de hacienda, de sanidad, de agricultura, etc. Leyes internacionales y un contingente armado completarían la superestructura del Gobierno Mundial.

Otra solución está basada en la creación de Federaciones regionales, de las que Europa es el mejor ejemplo. Una Federación Europea, a seguir por una Federación del Atlántico, puede servir de núcleo de una Federación Mundial. En otra faceta de la cuestión, cabe que las eventuales Federaciones regionales se integren en un Gobierno Mundial. Ya que, en afirmación de Francis Gérard, la Federación Mundial puede ser compatible con las Federaciones regionales. Dentro de los límites de esta trayectoria, se exponen otras variantes. Así, Maurice Pamerlee defiende la división del mundo en regiones sobre bases geográficas y factores económicos. Estos grupos desempeñarían el papel que hoy les incumbe a las Naciones-Estados. Y una Federación Mundial controlaría la producción y distribución de materias primas, la inversión de capitales y la moneda; supervisaría los transportes y las comunicaciones inter-regionales; regularía las corrientes de población y ejercería importantes funciones legislativas y judiciales. Cada región desenvolvería un plan social y económico, y el organismo mundial crearía un plan a escala superior. En abril de 1946, los «ciudadanos del mundo» franceses proponían la representación económica directa de los hombres, en tanto que ciudadanos del mundo en el terreno económico, a fin de elegir un Parlamento Económico Mundial. Los delegados de esta Asamblea habrían de reivindicar esencialmente la dirección y el control de la energía atómica, la soberanía mundial de las grandes fuentes de riqueza y de determinadas materias primas.

Un cuarto proceso tiende a ganar en favor de la Federación Mundial a los miembros parlamentarios, bien por persuasión y atracción a esta idea, bien llevando a los Parlamentos a los defensores del Gobierno Mundial, o, finalmente, con la creación de Comités interparlamentarios. En

un principio, todos los planes para una Constituyente Mundial estaban apoyados sobre la hipótesis de elecciones no oficiales organizadas por un gran número de voluntarios. Pero estas actividades entraban en una nueva fase cuando Fyke Farmer consiguió crear un precedente histórico en el Estado norteamericano de Tennessee. A propuesta de Farmer, una ley fué votada el 5 de abril de 1949 a fin de recoger los sufragios de los electores que desearan delegar tres representantes del Estado, uno por cada millón de habitantes, en la Asamblea Constituyente. La votación tuvo lugar el 3 de agosto de 1950. Propositiones similares fueron depositadas en el Estado de Kentucky, en enero de 1950, por James H. Polsgrove, y en marzo del mismo año ante el *Bureau* de la Asamblea Nacional Francesa. Proyectos encaminados a tal fin han sido considerados en los Parlamentos de Italia y de Bélgica. Sobre este extremo ha llegado la discusión a la Cámara de los Comunes. Y un Subcomité del Senado americano ha investigado el carácter de determinadas iniciativas favorables a la República Universal.

* * *

Y entramos a exponer —brevemente— la audiencia que ha encontrado esta orientación conducente a disciplinar la existencia del mundo. En Italia existe el *Movimento Federalista Mondiale Italiano*, con sede en Parma; y la publicación *Notizie Federaliste Mondiali* suministra interesante información. En Francia también desarrollan actividad los defensores de tales principios: el abate Grouès-Pierre, Larmeroux, la *Union pour le Fédéralisme Universel*... Robert Sarrazac ha animado el *International Registry of World Citezenship*. En junio de 1950, 200.000 europeos estaban inscritos como «ciudadanos del mundo». Personalidades eminentes han dado su adhesión: Vincent Auriol, el Pandit Nehru, Lord Beveridge, el violinista Yehudi Menuhin, Sir Héctor M^oNeill... El Gran Oriente de Francia se pronunció, en 1950, en favor de un Gobierno Mundial, dotado de poderes legislativo, ejecutivo y judicial, con una potente «gendarmería». En Inglaterra merecen conocerse la obra de la veterana *Federal Union*, de múltiples fines, y la tarea de Osborne; el designio de éste es la realización de una Constituyente Mundial a base de delegados de todos los países —un representante por cada millón de habitantes—, con el encargo de redactar la Carta del Gobierno Federal Mundial. En Alemania Occidental, el político Menzel y Stocky han laborado en favor de la orientación que comentamos. El profesor De Vries, en Holanda, desarrolla un trabajo semejante. Y en Dinamarca, el movimiento *Een Verden* («Un mundo») contaba en junio de 1950 con 13.000 miembros. En la India se advierten simpatizantes entre el periodismo, y el *Socialist Party of India* le concede su apoyo. En el Japón existe una organización en pro del Gobierno Mundial y hay partidarios entre los parlamentarios.

También se tienen noticias de la Asociación Federalista Mundial de Israel.

Mas aludamos de modo singular a los Estados Unidos, en donde un conjunto de asociaciones viene trabajando en favor de estos conceptos desde hace tiempo. Los *United World Federalist* comprendían, según datos de abril del 51, 200 *chapters* y 34.000 adheridos. Esta organización surgió en febrero de 1947 por la fusión de los siguientes movimientos: *Americans United for W. G.*, *Student Federalists*, *World Federalists USA*, *Massachusetts Committee for W. F.* y *World Citizens* de Georgia. Sobre la organización *World Republic*, diremos que se halla encabezada por el profesor Hardy Stesholin; su objetivo es el programa de Osborne. El *Committee to Frame a World Constitution*, dirigido por Robert Hutchins, ha publicado un proyecto completo para un Gobierno Federal Mundial. El *Emergency Committee of Atomic Scientists* también ha fijado su atención sobre estos temas. Resoluciones en favor del Gobierno Mundial han sido decididas por una gran variedad de asociaciones: los cuáqueros, la Federación General de los Clubs de Mujeres, la Liga Cooperativa... La Iglesia Metodista, la Iglesia Episcopal, el Consejo de las Sinagogas de América, se han declarado oficialmente partidarios del federalismo universal. Entre las publicaciones católicas, la más favorable al Gobierno Mundial es la revista *America*, de la Compañía de Jesús. Han sostenido también esta causa: los Padres Edward A. Conway y Michael J. Ahern, jesuitas; el abogado de Nueva York T. Harrison Mahony y el reverendo Philip Moore, decano de la Universidad Católica de Nôtre Dame. Según Grover Rich, son defensores del Gobierno Mundial: Harold E. Stassen, Henry Wallace, entre los políticos; por los hombres de ciencia, Einstein; Urey, R. Oppenheimer; en la gran industria y en el comercio, Owen D. Young, financiero; W. T. Holiday, presidente de la *Standard Oil*. Incluso se han proclamado semanas federalistas: por el Consejo Comunal de Chicago, por el Gobierno de Ohio... Y se ha llegado a profesar cursos en los centros docentes, por ejemplo, en el *Catawba College* de Salisbury, en Carolina del Norte. Sin embargo, se revela una evidencia: mientras el Comité por la Unión Atlántica ve reforzadas sus filas, la acción del federalismo universal está atravesando una crisis, como se comprueba por la disminución en el número de inscripciones, por la suspensión de revistas, etc.; pero los *atlánticos* no han alcanzado todavía la extensión de los seguidores del Gobierno Mundial.

* * *

Importa subrayar la voluntad desplegada por los fieles de los Estados Unidos del Mundo en el terreno de la colaboración internacional. Un Congreso tuvo lugar en agosto de 1947 en Montreux, en Suiza. Su finalidad era reunir a todas las agrupaciones federalistas mundiales en

una sola asociación. Surgió así el *World Movement for World Federal Government*. Se adoptó una declaración en pro de un Gobierno Federal Mundial provisto de función legislativa, de poder ejecutivo y de competencia judicial; capaz de garantizar la seguridad con el levantamiento de fuerzas armadas, con el establecimiento de impuestos, etc. En 1948 se celebró el Congreso en Luxemburgo, y en septiembre de 1949 Estocolmo acogió a los asistentes a la tercera reunión. El cuarto Congreso se abrió en Roma en abril de 1951. Con ocasión de la audiencia privada de un grupo de participantes en éste, Su Santidad pronunció un discurso en torno al Gobierno Mundial, pletórico de sugerencias. Anotemos, de pasada, los trabajos del Comité de Gante en 1950 y de la Conferencia de Ginebra en diciembre de 1950-enero 1951, con el objetivo de alcanzar la Constituyente Mundial. Registremos también la Conferencia Parlamentaria tenida en Londres en septiembre de 1951, y la existencia de la Asociación Parlamentaria para el Gobierno Mundial. Al paso, tómesese nota de la reciente conferencia de los parlamentarios partidarios del Gobierno Mundial. Se ha celebrado en Londres, en septiembre de 1952, con asistencia de representantes de veintisiete naciones.

* * *

Empero, no son vanas las palabras de William O. Douglas, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos: *La ruta es dura y los obstáculos muchos*. Se oyen voces de no pocos enojados que discrepan de estas convicciones, tenidas por ellos como anormales. «*Quel Gouvernement Mondial?*», interrumpía bruscamente David Rousset en *Franc-Tireur* en 1948. Y Jacques François escribía en 1949 de este modo: «Parece creerse en la virtud de las entidades, mientras que lo verdaderamente importante es el contenido: ¿qué intereses, qué manos, qué espíritu moverán el Gobierno Mundial?» El profesor Percy E. Corbett, en *International Affairs*, se pregunta si este entramado gubernamental sería regido por las naciones de mentalidad occidental.

Las ideas del Parlamento Mundial han sido estimadas utópicas por algunos socialistas; los anarquistas les han mostrado su aversión en nombre, precisamente, de la *pureza* anarquista. Y los comunistas las han atacado defendiendo la soberanía nacional. Vichinsky ha resumido su actitud ante el Gobierno Mundial en Lake Success, el 6 de octubre de 1947, denunciándolo como una maniobra antiproletaria, como una desfiguración embustera del imperialismo capitalista del Occidente y de América en particular. Son de destacar, parejamente, los argumentos de Vavilov, Frunkin, Joffe y Semionov: 1.º El Gobierno Mundial es el fin de los imperialistas. 2.º La idea de un Super-Estado, ya adelantada en los orígenes de la Sociedad de Naciones, refleja el deseo de los monopolios capitalistas, faltos de espacio en su propio país, de conquistar nuevos mercados mun-

diales, de asegurarse las materias primas como colocación para sus capitales. 3.º Es una tentativa de esclavitud política y económica de los países extranjeros. 4.º La transformación de la Asamblea de la ONU en un Parlamento Mundial haría de éste un instrumento en manos de los Estados Unidos, dado que la Asamblea de las Naciones Unidas sufre las presiones de la delegación norteamericana.

Idénticamente, debe resaltarse la postura de algunos pacifistas, debedores de este pretendido articulado político del mundo. E incluso el *World Peace Movement* imagina que la paz puede ser preservada mejor por la independencia nacional de todos los Estados...

Sigamos con las críticas adversas. Para el representante norteamericano Lawrence H. Smith, no es evidente que el pueblo americano soportase una proposición en favor del Gobierno Mundial, ya que, en primer lugar, esta propuesta traería consigo la destrucción de la ONU y la extinción de la Constitución de Estados Unidos. Mrs. Hacker estima que tal organización del globo eliminaría la *American Way of life* y las libertades básicas. Clare E. Hoffman revela que una pretensión de este tipo destruiría la forma de Gobierno norteamericana, la Constitución estadounidense, entregaría la soberanía y convertiría a la nación norteamericana en una porción secundaria de la organización mundial; y termina sus indicaciones con este aserto: *The proposal is suicidal*. Warren Austin no cree factible un Gobierno Mundial en un futuro cercano. Señala las dificultades: desde la aceptación eventual por los Estados al sistema de votación. Escojamos un ejemplo: la posición de todas las grandes potencias respecto a la posible limitación del derecho de veto ha de ser necesariamente aleccionadora. He aquí lo que constituye el nervio del razonamiento de Austin: el apoyo activo a la ONU es ciertamente la primera tarea de quienes aprecian la necesidad urgente de mantener la paz, ya que el actual funcionamiento de las N. U. puede ser extensamente mejorado. Niebuhr dice: «Nunca se ha dado un abandono tal de soberanía.» Y añaden los defensores de este criterio que la organización federal de los Estados Unidos, no exenta de problemas en sus inicios, tuvo como preludio un sistema inglés de Gobierno de cerca de dos siglos. En un sentido general, es justa la pregunta de Mrs. Nugent: «¿La Federación Universal sustituiría la guerra internacional por la lucha civil?» A este respecto, Pearson hace observar que la federación no suprime la guerra, y trae el ejemplo de la contienda civil estadounidense. Ahora bien; aceptadas así las cosas, nos explicamos cómo Tugwell expone que el movimiento hacia los Estados Unidos del Mundo se desintegrará a medida que se vaya acelerando el discurrir hacia la guerra.

* * *

Es innegable que en la conciencia moderna conviven múltiples y encontrados ideales. Y que el hombre del día no acierta, en su perplejidad, a discernir el buen sendero. En relación con el tema de los Estados Unidos del Mundo, Manuel Machado pensaba así en 1946: «... esta concepción de una nueva estructuración mundial no es sino el aspecto *panglosiano* y optimista del asunto. La solución por el amor, la benevolencia y la inteligencia. Pero ¿estará la Humanidad madura para abrazarla y conllevlarla? Es de temer que no, absolutamente.» De esta suerte, surge como una necesidad imprescindible el uso efectivo de técnicas de organización popular y de propaganda generalizada en pro de la Federación Universal. *It is now the prime necessity* , leemos en la *Review of Politics* . Piénsese que la República Mundial es de antemano un problema psicológico. Sarrazac habla de un gesto colectivo de alcance simbólico con el fin de dar un *choc* psicológico a la opinión pública universal. Mas, restituyendo las cosas a su valor verdadero, se trata de no forzar la opinión general. A este extremo aludía el citado Pearson. Y aún se percibe con más nitidez el aspecto de la cuestión. Esto lo comprende el Vizconde Cecil de Chelwood con las siguientes palabras: «Intentar elegir una Autoridad internacional con un derecho a mandar o a obligar a sus Estados componentes es actuar por encima de la opinión pública internacional del momento presente.»

Por todo lo señalado, nos explicamos la postura de los que huyen a la vez del pesimismo total de la inevitabilidad de la destrucción íntegra de la civilización y del candoroso optimismo anclado en la creencia del triunfo del *federalist millenium* : hay que empezar donde estamos, cooperando con las Naciones Unidas. Aquí hemos de citar a S. Grover Rich. Clyde Eagleton, profesor norteamericano de Derecho internacional, está convencido de que *el avance hacia el Gobierno Mundial debe ser alcanzado a través de la ONU* . Aunque esta aspiración, compulsada con la visión del actual vivir internacional, puede resultar para nosotros bastante desconsoladora. Justamente. No hay sino recordar, y lo haremos con el inglés C. Davies, que en lugar de Gobiernos libres del mundo con capacidad para trabajar juntos, tenemos dos mundos: el mundo comunista que desea dominarnos a todos, y un mundo libre que todavía está luchando por su existencia. Sin olvidar las observaciones del profesor H. A. Smith, de destacada reputación científica: *La Carta de las Naciones Unidas abunda en expresiones de nobles sentimientos, pero desgraciadamente las palabras no significan la misma cosa en distintos lugares* . No es preciso tener la mente muy aguzada para percibir el sentido de tales reflexiones. Recuérdense las palabras de Madariaga: «La bomba atómica ha hecho tres imponentes ruinas: Hiroshima, Nagasaki y la Carta de San Francisco.» Si bien, dejando por entero la responsabilidad de tal aseveración a aquellos que la citan, advertimos síntomas de una rectificación feliz. Aludimos a la Resolución *Uniting for Peace* ,

de noviembre de 1950, encaminada a reforzar el sistema de seguridad colectiva. Se han percibido las debilidades de la Carta. No insistimos sobre las cuestiones que plantea la discusión de la esencia y derivaciones de esta Resolución, bien interesantes ciertamente: si oblitera o macula el espíritu de la Carta, o si se acomoda excelentemente a él.

Empero, nuestra época ha visto un resurgir del nacionalismo. Birmania, Ceilán, India, Indonesia, Israel, Filipinas, Libia, Pakistán... se han sumado a las filas de los Estados independientes. Y no sólo esto. Se revela claramente otro estado de opinión. Así, el *Daily Express* ha llegado a consignar que en lugar de sugerir planes impracticables para reformar la ONU, sería más urgente el fortalecimiento y la coordinación de la defensa imperial. Y en una carta del prohombre conservador Sir Herbert Williams al *Times*, latía una inspiración semejante.

* * *

A nadie extrañará que se tenga poca esperanza en un cambio radical e íntegro de la conducta humana. Sería confiar demasiado en unos momentos cuyas dos características generales son, según García Morente, la falta de una clara vocación y la cobardía mental. Esto, empero, no impide que algunos sectores, con más luces o con mayor sentimiento, traten de estructurar la vida internacional y orientarla hacia más adecuados patrones, resistiendo a postrarse, en necia adoración, ante *lo inevitable*, cuya luctuosa valoración debía espolear las voluntades y las inteligencias de tauta mente en sopor. Aún se dispone de tiempo. Mas los impacientes deben reconocer que un ambiente pacífico es el fruto, la resultante de muchos factores muy complejos. Desvarios económicos, indecisiones políticas de los gobernantes, problemas sociales candentes y desarraigo de las masas: he ahí unos cuantos signos exteriores de la desorientación general, que sólo puede favorecer a quien acecha sin desmayo. Por esto la tarea más urgente de hoy reside en reponer en orden jerárquico y relativo los componentes de nuestra cultura, para salvar bienes y valores. Tal vez tenga razón Pearson cuando, después de recordar que nos hallamos en el período de los grupos de Estados interdependientes, apunta que la elección ante nosotros no es entre federación y supervivencia, sino entre acción colectiva y supervivencia. No puede dejar de reconocerse la presente significación de los grupos regionales, con su eventual derivación hacia la universalización. Vemos cómo Grover Rich se inserta en esta dirección de pensamiento, enumerando, en prueba de ello, la *Commonwealth*, el Pacto Atlántico, la Liga Arabe, la Commonwealth y la Organización de los Estados Americanos. Del ilustre jurista Yepes son las siguientes palabras: «... en el estadio actual de nuestra civilización, y dada la estructura sociológica de la Humanidad, *la idea de un Estado Mundial es un mito de los más peligrosos.*» Para él la más

importante dificultad a vencer reside en la soberanía, pues serán escasas las naciones dispuestas a abolirla, y las menos propicias, las grandes potencias. Advirtiendo que el Estado Mundial no podría ser creado más que por la fuerza y por la esclavitud de las naciones débiles, se muestra partidario de la formación de grandes federaciones continentales o acuerdos regionales para el mantenimiento de la paz.

Hoover ha intentado enderezar el curso del género humano edificando una organización mundial sin Estados comunistas. En ocasiones se sustenta que un Gobierno Mundial es la única respuesta al comunismo. Arnold Toynbee ha sustentado la necesidad de articular algún tipo de Gobierno Mundial entre América, Gran Bretaña, los Dominios y la Europa occidental. El V Congreso de los *United World Federalists* aportaba, en junio de 1951, la voluntad de llegar a la Federación Mundial, *a ser posible con Rusia, mas sin ser necesaria la inclusión*. Tengamos presentes los esfuerzos unitarios europeos. A finales del año 1951 se han dedicado unas cuantas páginas de estos CUADERNOS a resaltar las razones de una Unión Atlántica o Unión de los pueblos libres. Obsérvese la constitución de la ODECA. Además, insinúanse conceptos favorables a la integración de las naciones islámicas. Y no ha mucho hemos leído: ¿La Unión de los pueblos latinos (Francia, Italia, España, Portugal, Rumania, Bélgica, Suiza y las naciones de la América latina (*sic*) cambiarán mañana la faz del mundo? En este sentir, Anton Zischka, partiendo del hecho de que el mundo «libre» es mucho mejor que el Estado-cárcel del Gobierno de Moscú, se pregunta por qué no se intenta en las naciones libres una estructura unitaria, semejante a la que reina en el universo gobernado por Rusia; y reconociendo que tal tarea podría ensayarse, asigna seguridad de éxito a un entramado de esta clase entre los pueblos latinos e hispanoamericanos. Se habla de un Movimiento Pro Federación Americana, con sede en Colombia, con la misión de conseguir una Federación extendida a todo el hemisferio occidental. Intentos más restringidos se han explayado en otras naciones de la América Hispana. Según la publicación *World Government News*, el Senado peruano adoptó una resolución pidiendo que el Perú tomase la iniciativa en pos de una Federación de América del Sur. En la Argentina, el *columnista* «Descartes» ha propuesto una Federación de las naciones sudamericanas para salvarse ellas mismas de la conquista imperialista. También en Asia, en un estadio más imperfecto de organización, se han dejado escuchar algunas voces defendiendo planes de estructuración en superación del actual panorama. Así, bien explícitamente, P. Das, en la revista *Pacific*, en el número de abril y mayo de 1952.

* * *

Reflexionemos. ¿Será cierto, como afirma Bartolomé Mostaza en el número 10 de estos CUADERNOS, que *no habrá nunca un Estado Mundial?* Por nuestra parte, ni lo aceptamos, ni lo rechazamos. Lo futuro, ¿quién lo sabe? Que la Providencia apresure días felices para el género humano, es nuestra aspiración... Al llegar aquí, notamos interesantes pensamientos. A. Zischka, por ejemplo, ha escrito: *«No, «One World», un «Mundo Unico»; no hemos llegado tan lejos aún. Pero esta filosofía no es óbice para que el mismo autor conceda, a continuación, que podrían existir distintas Comunidades: un ámbito cultural atlanto-europeo-occidental, una Comunidad de ciudadanía indo-malaya o una Comunidad islámico-ibérica, capaces de oponerse con éxito a la gran Comunidad rusa. En rigor, acudir a un esbozo modesto o a una organización completa, depende de muchas cosas. Mas el torpe monopolio interestatal revela la urgencia de llevar a cabo un esfuerzo para que buena parte de la Humanidad disfrute de viabilidad, de la que Europa —jalón importante del mundo— está, hoy por hoy, tan necesitada. Y, para concluir, ésta es la ocasión de plantear a la consideración del lector la siguiente proposición: conscientes vaticinios aseguran que, tras las cenizas de una nueva conflagración, se contemplará no un mundo con una Roma, sino un mundo con dos Cartagos.*

L. LERUGAR